

El *Viaje de Figaro a Tenerife* y su autor

Por FLEURIOT DE LANGLE

INTRODUCCIÓN

Encuentro con el «marqués» de Langle

Por Alejandro CIORĂNESCU

Una tarde de verano, en 1958, estaba hojeando libros antiguos, en las cajas de los librerías de viejo, cerca del Pont des Arts, en París. Lo hacía distraídamente, porque de estas clases de batidas ya no se pueden esperar grandes sorpresas. De repente caí en un libro, mejor dicho un folleto, pero cuidadosamente encuadernado. La portada decía: *Voyage de Figaro à Ténériffe, 1786*.

Debo confesar que presumía entonces conocerme al dedillo la bibliografía francesa de las Islas Canarias. Para el siglo XVIII, esta bibliografía no es tan abundante, como para no caber en los dedos de las dos manos. Mi sorpresa, por consiguiente, no podía ser mayor: de este viaje a Tenerife no sabía absolutamente nada ni me acordaba haberlo visto mencionar alguna vez.

Más aún: aquel Figaro anónimo sólo lo era en la apariencia; por por lo menos, su antifaz era muy transparente, y bien se echaba de ver que el autor debía de ser el «marqués» de Langle, mejor dicho Jean-Marie-Jérôme Fleuriot de Langle, a quien conocen todos los hispanistas

por su satírico *Voyage de Figaro en Espagne*, tan gracioso como displaciente.¹ Este autor tampoco me era desconocido y ya había leído su viaje; pero no me acordaba de que éste tuviese apéndices y prolongaciones, como aparentaba serlo el folleto que tenía en la mano.

Lo tuve un buen rato y casi puedo decir que lo leí íntegro, pues sólo tenía 16 páginas. Lo tuve, pues, pero lo dejé. El precio que pedía el librero, con no ser grande para un ejemplar raro, quizá único, lo era para mí en aquel momento: de modo que decidí averiguar primero si la obrita era en realidad tan poco conocida como a mí se me antojaba, o si sólo había sido una ignorancia mía.

Al día siguiente pude comprobar que ningún bibliógrafo había oído hablar del último rodeo de Figaro por Tenerife. El librito que había visto era, pues, un ejemplar rarísimo, quizá único, y constituía un verdadero descubrimiento. Salí más temprano de la biblioteca, para ir a comprarlo; pero otro se me había adelantado y había pagado, sin regatear como yo, el justiprecio que se le había pedido. No hubo medio de saber quién había sido: un transeúnte como yo. De modo que, desde entonces, el *Viaje de Figaro a Tenerife* del marqués de Langle se había quedado para mí en el estado de dolor secreto: no me atrevía ni siquiera a mencionarlo, pues no tenía prueba alguna de su existencia, y casi puedo decir que, andando el tiempo, había llegado a dudar yo mismo de lo que había visto, y bien visto, en el cajón del librero de viejo.

Ahora, no hace muchas semanas, he tenido el placer de conocer en Tenerife, con motivo de la visita de ciertos buques de guerra franceses, a un capitán de corbeta interesado por la historia canaria. Se llamaba Ivan Fleuriot de Langle: evidentemente descendía de esa larga dinastía

¹ Jean-Marie-Jérôme Fleuriot de Langle, nacido en Saint-Malo el 13 de diciembre de 1749, falleció en París el 12 de octubre de 1807. Además de las obras que de él se citan en el artículo siguiente, se le deben: *Le nouveau Werther, imité de l'allemand* (Basilea, 1786), traducción libre de la novela de Goethe; *Tableau pittoresque de la Suisse, par le marquis de Langle, auteur du Voyage en Espagne, ouvrage qui a eu l'honneur d'être brûlé* (París, 1790), y *Mon voyage en Prusse, ou mémoires secrets sur Frédéric le Grand et la Cour de Berlin* (París, 1807), obra firmada L. M. D. L. De este autor hablan, además de PROSPER LEVOT, *Biographie bretonne*, vol. I, París, 1852, págs. 705-707, los historiadores de la influencia de Goethe en Francia (principalmente F. BALDENSPERGER, *Goethe en France*, París, 1904, y L. MOREL, en «Archiv für das Studium der neueren Sprachen», CXXI, (1908) págs. 368-390 y CXXV (1910), págs. 347-392, y H. MÉRIMÉE, *Le vrai et le faux Figaro*, en *Homenaje ofrecido a Menéndez Pidal*, Madrid, 1925, vol. II, páginas 285-298. El conde de Aranda había contestado al *Viaje a España* con un folleto titulado *Dénonciation au public du voyage d'un soi-disant Figaro en Espagne, par le véritable Figaro* (Londres y París, 1785).

de marinos de Bretaña, a la que también había pertenecido el «marqués». Le conté mi aventura, más exactamente mi desventura, con su antepasado. Me contestó, con fórmulas de exquisita cortesía, que lo más probable era que había sufrido yo alguna equivocación: él conocía las obras del «marqués» y nunca había oído hablar de aquel folleto. Además, su padre mismo era historiador y había escrito un artículo sobre el «marqués»; pero no tenía entre sus libros el folleto de que le hablaba.

Así y todo, por su mediación me puse en relación con el señor Fleuriot de Langle, a quien no conocía personalmente, pero que es un historiador reputado, especializado en la época napoleónica y en la inmediatamente anterior. Así es como supe que la persona que se me había adelantado en París había sido el mismo deudo de Fíguro, actual poseedor del único ejemplar conocido, y hasta ahora nunca señalado, del *Viaje de Fíguro a Tenerife*. El señor Fleuriot de Langle ha autorizado cortesmente la reproducción fotográfica del opúsculo y, además, ha tenido la bondad de comunicarnos su trabajo sobre el marqués de Langle, que también se publica en traducción española.

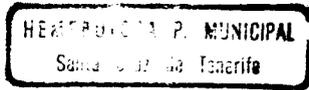
El marqués de Langle es un personaje bastante estafalario, arrojado y pintoresco, y su prosa, de excelente numen satírico, es sumamente injusta para con los españoles y, naturalmente, para con los tinerfeños. El señor Fleuriot de Langle no es descendiente directo, sino colateral del marqués; pero parece haber heredado de él la gracia y el estro espiritual y enjundioso. Su juicio de la obra de su antepasado habría podido pecar por cierta parcialidad fácil de comprender; pero el lector se dará cuenta fácilmente de la total objetividad de sus juicios e incluso de cierta severidad para con el petulante Fíguro.

Será, pues, inútil volver a juzgar a este último. Sólo parece conveniente insistir un poco en dos particulares. El primero es el problema, que también indica el señor Fleuriot de Langle, de si Fíguro hizo realmente el viaje que relata o si escribe de imaginación. Para nosotros no cabe duda de que el marqués de Langle nunca vino a Tenerife. Su obrita, al igual que su *Viaje a España*, es un empeño característico de geografía descriptiva, ejecutada dentro de un gabinete y sin ningún conocimiento directo de los hechos descritos. Esta fórmula literaria, por curiosa que pueda parecer, se conoce por decirlo así desde siempre, a partir del *Libro del conocimiento* y del viaje pretendido de Mandeville, en el Medioevo. En el siglo XVIII este género estuvo muy de moda; según lo señala atinadamente el señor Fleuriot de Langle, lo más probable es que el marqués de Langle sólo se proponía imitar a Sébastien Mercier y no informar sobre España.

Sería, pues, un error considerar que el viaje a Tenerife es un documento de vida canaria. Sobre este particular, el marqués no debía de saber más de lo que le había dicho y contado algún viajero; era lo suficiente para que él pudiese ensartar sus acostumbradas quejas y recrimi-

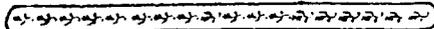
VOYAGE
D E
FIGARO
A L'ISLE DE TENERIFFE;

*Auquel on a joint l'extrait d'une Lettre
de M. de L*** sur la Cour de Doffau.*



1786.

mes moines à *Ste Croix*, est le tableau de la passion. J'aurois eu de la peine à le reconnoître, si je n'avois vû les Juifs, les disciples, & les Romains autour de la croix. Et en effet, il faut avoir une imagination espagnole pour se persuader qu'un cordelier crucifié est le fauteur du monde. Ce qui pourroit rendre le tableau plus croyable, c'est que les deux larrons sont aussi affublés de l'habit de S. *François*, & avec un peu de charité on peut venir à bout de croire que, sur trois cordeliers on en trouve un de bon. Enfin le dernier tableau est chez les Dominicains, & représente *Ste Dominique* allaité par la *Ste Vierge*. Je crois qu'il n'est pas nécessaire d'en démontrer le ridicule...



AVIS DU LIBRAIRE.

Monfieur FIGARO se propofoit de faire le tour du monde. L'accueil que fon Voyage d'Espagne a éprouvé en France a flatté fon amour-propre. Mais il n'a plus rien vû d'agréable à prétendre au delà des honneurs du bucher. Il a pris le parti de fe reposer fur les lauriers & de cesser fes travaux. on a fauvé le fragment que voici, de l'auto-da-fé volontaire qu'il a fait de fes manuferits. On prétend (il n'en convient pas) qu'il a excepté &

dent; mais à *Laguna*, on retrouve toute la rudesse des espagnols & leur haine pour les français qu'ils regardent comme des impies. On y trouve aussi des moines en grand nombre & deux couvents de religieuses; les franciscaines & les dominicaines. Ces dernières sont libres & ont beaucoup moins de reciter dans le cloître, & le lardon scandaleux prétend qu'elles vous laissent aller plus loin. Après avoir parlé des moines, des nones & des églises, disons deux mots des tabernaux qu'on y trouve, pour donner une idée plus complète du goût des espagnols.

(15)

Sur les murs du cloître des Cordeliers de la *Laguna* est peint le triomphe de la Ste Vierge. On voit cette mere de Dieu dans un char traîné par quatre Rois, quatre Religieuses & quatre Evêques, dont un est le Pape. Les Rois font ceux de *France, d'Espagne, de Portugal & l'Empereur*. La Ste Vierge ayant de tels chevaux on ne s'imaginerait pas quel est son Cocher; ce n'est point un ange, comme on auroit pu le croire, mais un religieux disciple du Séraphique S. *François*: c'est, dis-je, un Cordelier, qui fait passer ce char sur tous les Rois hérétiques renversés à ses pieds. Chez les me-

mis en lieu de sûreté un voyage de France divisé en deux parties: l'une dédiée à Thalie, l'autre à Themis. Peut-être le réserver-il pour en faire un ouvrage posthume... Mais FICARO est immortel.



Capitaine de port ne pouvoit plus accorder que des faveurs très dangereuses, & après avoir vû plus de Nymphes que dans les rues les plus fameuses de Paris, on ne peut plus louer la chasteté des belles de *Ténériffe*. Il est sûr en effet que ces jardins si bien grillés ne sont peuplés que de Rosiers, dont un voleur un peu hardi peut aisément ravir les roses; sauf à recevoir les piqures empoisonnées des épines, dont sont entourées la plupart de ces belles fleurs.

Terminons par un mot sur la *Laguna*. Cette ville est à peu près à deux lieues de *Ste Croix*, & l'on y va sur des mules qui ont le pied très sûr & bronchent rarement dans des chemins, d'où nos chevaux auroient de la peine à se tirer. On est conduit par des guides qui excitent les mules paresseuses, par le moyen d'un aiguillon.

La ville est plus belle que *Ste Croix*. Les rues sont plus grandes, mieux pavées, les maisons mieux bâties, mais la tristesse y regne encore plus. Les habitans de *Ste Croix* semblent s'être humanisés par le commerce des nations qui y abon-



ESSAI

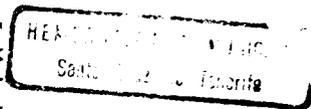
SUR

L'ISLE DE TÉNÉRIFFE.

L'ISLE de TÉNÉRIFFE est, comme l'on fait, l'une des *Canaries*, que les Romains nommoient *Fortunate Insule*, c'est dans cette isle que se trouve le *Pic*, une des plus hautes montagnes du monde, & c'est de Ténériffe que les Hollandois comptent leur longitude.

La capitale de l'Isle de *Ténériffe* est *Iaguna*, qui est située dans les terres, entre le *Pic* & la partie de l'Isle la plus orientale. La *Rotara* est son port situé dans la partie occidentale; enfin *Sainte Croix*, en Espagnol *Santa Cruz*, placée sur

A



tus d'étouffes assez grossières & les fem-
mes ne forment jamais qu'en jupon noir ;
la tête & le visage couverts d'une espee
de capuchon de la même couleur.
Dans les maisons, elles ne font guères
plus élégantes ; & les filles du Gouver-
neur font milles, à peu près, comme une
arçise de province qui va jouer un rôle
le de soubrette. Le peuple est mis à
proportion, & rien n'est plus commun
que de voir des gueux couverts de hal-
lons & des enfants dans l'état de nature.
La seule partie de la nation qui soit bien
milie est le clergé, qui n'est guères véru
que de soie.

(18)

Quand au sexe, il seroit à souhaï-
ter qu'on pût parler de sa vertu aussi sa-
vorablement que de sa beauté. En effet,
les femmes sont assez belles, ont des
yeux & des cheveux noirs superbes, sont
fort blanches, parce qu'elles ne forment
que rarement de leurs maisons, & sont
même si fraîches, qu'une veuve de 26
ans, qui avoit fait cinq à six couches, a été
prise par plusieurs François pour une
vierge de 17 ans. Pour la vertu... c'est
le fers de la médaille; & quoique l'on
trouve des Chrétiens jûques dans les mau-
vais lieux, après avoir si qu'une fille d'un

le bord de la mer, dans la partie de
l'Est, est le port où abordent la plus
grande partie des vaisseaux qui relâchent
à cette îlle, & elle est, pour cette rai-
son, la résidence du Gouverneur espa-
nol & du conseil.

(4)

On prétend que le terroir de *Ténisif*-
se est extrêmement fertile & qu'il réunit
les productions des deux mondes. Cela
se peut : le nom que les anciens ont don-
né à cette îlle ainsi qu'aux autres Canaries &
le climat où elles se trouvent, sembleroient
le prouver ; mais j'ose dire que je n'ai point
remarqué, à *Ténisif* cette fertilité étouman-
te. Peut être les voyageurs en ont-ils im-
posé : peut-être depuis les romains, ces îles
ont-elles changé de face ; peut être aussi
(& c'est le sentiment qui me paroit le
plus probable) la domination espagnole
a-t-elle en du nauvre & inculcité un Pays qui
dans nos mains ou dans celles des An-
glois, seroit une source de richesses. Mais
comme je n'ai vu qu'une petite partie
de cette îlle, il pourroit se faire que j'en-
faisse tort de juger du tout par elle ; suppo-
sition qui justifieroit les voyageurs, le
terroir, & les espagnols. Poursuivons.

La côte orientale de *Ténisif*, vue
du Canal qui la sépare de *Canarie*, offre

tier, à peine se trouve-t-il trois moines qui entendent le latin; & pour leur vanité, voici la preuve que j'en donne. Visitant leur maison, sous leur conduite avec quelques officiers françois, nous nous trouvâmes arrêtés à une porte par le cérémonial ennuyeux qui s'observe dans ces passages. Après bien de façons, nous consentimes à passer les premiers, & j'entendis aussitôt un moine dire, entre ses dents, ces paroles de l'Évangile: *Et erunt Novissimi Primi & Primi Novissimi; (les premiers seront les derniers & les derniers les premiers.)* En voilà assez sur leur compte.

On doit bien penser que dans une pareille ville, le commerce n'est pas très florissant. Les gens qui l'exercent sont pour la plupart des françois, qui, obligés de quitter leur patrie, pour leurs méfaits, ont été s'enrichir dans cette île. Les manufactures ne sont pas connues à *Ste Croix*, les métiers le sont à peine, & c'est de l'*Espagne* qu'on fait venir tout, jusqu'aux chapeaux.

Il est naturel qu'un tel peuple soit pauvre: aussi ses habillemens ne sentent-ils point le luxe. Les hommes sont vêtus

l'aspect le plus impofant. Ces Collines calcinées par les feux du Volcan que forme le *Pic*, s'élevant en Amphithéâtre, représentent en quelque façon le bouleversement de la nature, & semblent en être les débris. Levant sa tête au dessus des nues & dominant sur des montagnes déjà fort élevées, le *Pic* vous montre l'auteur de ces ravages, & paroît être le point où se réunissent les feux du ciel & de la terre, pour former la foudre qui a brûlé les champs voisins. Des vignes éparfes çà & là, semblent avoir échappé seules au malheur général, & la ville de *Ste Croix*, placée sur le bord de la mer, le seul azile qu'ont trouvé les habitans contre ces flammes destructives. Pénétrez dans l'intérieur des terres, vous ne verrez que des champs arides & pierreux, vous ne marcherez que par des chemins qui montent & descendent avec la plus grande rapidité; & la vue monotone de ces terres en friche ne sera variée que par de gros quartiers de rochers dispersés dans les champs par l'explosion de la foudre contenue dans les flancs du *Pic*. Quelques vignes, des arbres fort rares sont les seules productions du Règne végétal.

(11)

cois est sur le seuil de la porte , l'espag-
nol le pousse dehors , les françois le fai-
ssent . Eh bien , les moines obligent le
Gouverneur de le faire relâcher , parce-
que , disent-ils , un scélérate qui voit la
pointe de leur clocher , ne doit plus avoir
rien à craindre . Est-ce ainsi que chez
nous la religion se fait respecter ? non
sans doute ; nous ne portons pas de sca-
pulaires , mais nous sommes vertueux , &
la religion ne prête son secours aux cri-
minels , que pour leur apprendre à mou-
rir en chrétiens .

Les églises sont grandes , riches ; mais
de mauvais goût , & cela doit être chez
un peuple zélé pour son culte , possédant
des mines d'or & d'argent , mais aussi
peu éclairé qu'il est riche . On voit dans
leurs sanctuaires , des autels couverts de
plaques d'argent , des statues de même
métal enrichies de pierres ; mais cet
argent est mal ciselé , les statues n'ont
pas figure humaine , & ces pierres sont
distribuées gâchement .

Les moines sont , comme en Espagne ,
fort sales , fort ignorans , fort vains . Leur
falec se démontre aux yeux , leur igno-
rance est telle que dans un couvent en-

Ce qui me croit que la par-

des espagnols est la cause de cette
stérilité , c'est que le *Pic* , qui paroit être
l'incendiaire de cette île , n'est plus au-
jourd'hui un Volcan , & que la dernière
éruption date de plus de quatre-cens ans .
D'ailleurs la *Sicile* , ce grenier de l'Empi-
re romain , a été souvent ravagée par les
foux de l'*Erna* , & sans le peu de culture que
lui donnent les *Bandin* , qui en habitent
l'intérieur , elle mériteroit encore le titre
qu'elle portoit autrefois : une raison qui
contribue à condamner les espagnols , c'est
que tous les fruits qu'on recueille à l'é-

nergie viennent sans culture , & que si les
pommes , les poires , les figues &c. n'é-
galent pas les fruits de la Touraine &
de la Provence , elles sont bien au dessus
des productions sauvages de ces deux
pays . Qu'on juge donc de ce que seroit
la végétation à *Tenriffe* sous la domina-
tion françoise , sur tout , si l'on fait atten-
tion que les citroniers & les oranges y
viennent en plein vent . Les productions
actuelles de cette île , sont le vin & les
fruits . Comme je viens de parler de ceux-
ci , je finirai l'article du terroir , en di-
sant que le vin , comme celui de Ma-
dère , est très capiteux , très doux & qu'il
faut s'en déher . Le vin ordinaire n'est pas

ble , qui le nourrira encore pendant quelques mois. Avouons que le métier de voleur est plus lucratif dans ce Pays-là qu'en *France*.

Les Espagnols ont porté à *Ténériffe*, la religion catholique soutenue par l'inquisition & surchargée des mêmes superstitions qui la défigurent dans leur Pays. Tout à *Ténériffe* la montre ainsi. Tout vous y fait voir un mélange monstrueux des pratiques extérieures de la religion & des mœurs les plus dépravées. Là, tout le peuple est couvert de scapulaires & de cordons de *S. François*, & l'on vous affaisse, comme en Espagne, en chantant *Salve Regina*. Commettez les obscénités les plus criminelles, on ne vous dira pas un mot. Ayez un air de distraction pendant qu'on récite le rosaire, & l'on vous lapidera pieusement. La religion à *Ténériffe* est en quelque sorte la protectrice du crime, qui trouve dans les temples un azile sacré. Un criminel françois poursuivi par des soldats de sa nation, se réfugie dans le couvent des Dominicains, on ne peut passer outre, on engage un soldat espagnol à le faire sortir malgré lui. En effet les deux soldats causent en se promenant, & quand le fran-

excellant, mais celui que boivent les gens riches est délicieux. Il y en a de deux sortes, du blanc & du rouge, mais le blanc est le plus commun.

La ville de *Sainte Croix* située sur le bord de la mer, est défendue par deux forts ronds situés aux deux extrémités, & par plusieurs batteries disposées entre elles & ces forts. Tous ces ouvrages sont mal distribués, & à l'exception d'une seule batterie à *Barbette*, où sont une douzaine de canons, tout le reste est peu de chose. La prise de cette ville seroit d'autant plus aisée que la côte est saine & que les vaisseaux peuvent en quelque façon, porter le bout du beaupré à terre. Les maisons de cette ville sont assez bien bâties; mais il n'y en a aucune qui ait plus de deux étages, le rez-de-chaussée non compris. Elles sont bien blanchies & seroient croire que la ville est neuve, si le pavé n'attestoit son ancienneté. En effet ce pavé est composé de petits cailloux, les plus aigus qu'on ait pu trouver, & la partie la plus voisine des maisons forme des dessins, par la symétrie observée dans la distribution des cailloux noirs & blancs. Beauté vraiment gothique, & qui sans plaire

la Paroisse, les Cordeliers, & les Dominicains. Il y a en outre plusieurs chapelles; ce sont à proprement parler les seules promenades du peuple, qui ne font guères que les dimanches pour aller en procession de la Paroisse aux Dominicains, des Dominicains aux Cordeliers, & de là aux différentes chapelles. Passons au Gouvernement.

(9)

L'Isle de *Ténériffe* est soumise à un Gouverneur que lui donne le Roi d'*Espagne*, & dont la domination s'étend sur toutes les *Canaries*, dont *Ténériffe* est la principale pour le temporel, parce qu'elle est le lieu où se rassemblent les militaires; mais pour le spirituel, elle relève de *Canarie* dont l'Evêque est le Chef ecclésiastique de toutes ces Isles. Quant à la justice, on peut dire qu'elle n'est rendue nulle part plus mal qu'à *Ténériffe*. En effet, si vous êtes voleur, & que vous vouliez découvrir le voleur, vous êtes obligé de payer les gens que la justice met à sa suite. S'il est pris, on le met en prison; mais on vous oblige de le nourrir; & dès que vous découvrez de le faire, votre voleur est relâché & libre d'aller voler une autre ame charita-

A 4

aux yeux des voyageurs François, mal-traité fort leurs pieds accoutumés au pavé uni de nos grandes villes. Au reste, malgré ce bianchiffage, *Sic Croix* offre le coup d'œil le plus triste: des rues étroites, des maisons qui les ombragent toutes entières, des grilles à travers lesquelles l'œil ne peut pénétrer, offrent l'image de la servitude & de la jalousie. Un silence profond qui regne dans la ville, achève de la rendre lugubre; & comme dans deux heures on voit à peine passer trois ou quatre habitans, qui sont vêtus de noir, *Sic Croix* ressemble à un vaste tombeau, ou à une ville ravagée par la peste, dont un quart des habitans est en deuil des trois autres quarts.

Cette ville a une place qui n'est séparée de la mer que par un des forts. Au milieu est une fontaine publique, & à l'un des bords, un monument de la pitié d'un Espagnol mort depuis quelques jours. C'est un obélisque de marbre blanc de hauteur médiocre, & au sommet duquel est placée la *Ste Vierge*, tenant l'enfant Jésus sur un bras, & un cierge de l'autre main.

Les églises font au nombre de trois,

(8)

naciones sobre el estado social atrasado, sobre el clero, sobre la aristocracia, sobre las mujeres y sobre todo cuanto admite o no admite crítica, en general.

Así y todo, algo debió de darle pie a estas críticas, algún viajero debió de informarle sobre cierto número de particularidades de la vida local. Parece que no es difícil averiguar de dónde le venían los pocos informes de que disponía el marqués. Ya se verá en el artículo del señor Fleuriot de Langle que un primo del marqués había hecho el viaje alrededor del mundo, junto con Lapérouse, y había echado ancla en Tenerife, en 1785. Es de suponer que la materia prima del folleto publicado en 1786 la halló el marqués en alguna carta enviada desde Tenerife por su primo y que, por consiguiente, los hechos a que se refiere en su obrita le habían sido señalados por un testigo de vista.

Pero la distancia es grande de los hechos objetivos a la interpretación que les da el marqués. En este aspecto de su obra, es fácil reconocer sus procedimientos de siempre y la misma pluma con que escribía, dos años antes, el *Viaje a España*. En cuanto a las condiciones de la publicación del *Viaje a Tenerife*, las ignoramos del modo más completo posible. El aspecto de la obra, cuyo único ejemplar conocido no es sin duda sino una separata —tanto más que las páginas van numeradas de 1 a 26 y, de ellas, las 17 a 26 contienen otro artículo, que no tiene nada en común ni con el viaje a Tenerife, ni con el modo de escribir del marqués—, nos hace pensar en la posibilidad de que se trate de un artículo publicado en alguna revista suiza, que no nos es posible identificar. En tal caso, la obrita no sería exactamente una separata, sino más bien un par de cuadernos desglosados por un aficionado, cuando no por el mismo autor, y provistos de una portada postiza. El procedimiento era bastante común en aquella época y explicaría la circulación escasa o nula de la obra entre los bibliógrafos tan numerosos del siglo XVIII.

El segundo problema es el de la actitud personal del autor frente a España y a los españoles. No es aquí el lugar para discutirla; pero se debe tener en cuenta, para comprender y juzgar el folleto que reproducimos, que se trata de una opinión conocida y característica de todo el Siglo de las Luces y de todos los intelectuales franceses amigos del progreso. Desde este punto de vista la obra del marqués de Langle no ofrece ninguna novedad; al contrario, sigue con demasiado automatismo unas opiniones preconcebidas que, además, no le era posible corregir, ya que en realidad nada sabía de España. Pero era preciso señalarlo para dejar bien sentado que el *Viaje a Tenerife* del falso Figaro, que era en realidad un falso marqués y autor de un falso viaje, no es un documento histórico, en el sentido corriente de la palabra, y no nos enseña nada nuevo sobre Tenerife, sino que es un interesante y curiosísimo documento de historia de la cultura, que nos permite juzgar un ambiente y un autor — mejor dicho, un industrial de la literatura.

Al. C.

Jean-Marie-Jérôme Fleuriot de Langle es un personaje curiosísimo, autor de crónicas bien escritas y de libelos empecatados, que solía firmar con las iniciales *L.M.D.L.* ¿Qué significan esas iniciales? Por este solo detalle se puede medir la vanidad de nuestro personaje: significan *Le Marquis de Langle*, porque en efecto le gustaba titularse marqués, aunque sin el menor derecho.

Perteneía a una familia de Bretaña que había proporcionado a su región una serie numerosa de marinos y de soldados; pero, si no nos equivocamos, fue el primero de su apellido al que parece haber afectado el prurito de escribir. No sabemos, así y todo, decir qué concurso de circunstancias determinó su carrera de escritor — y, habrá que reconocerlo, de escritor de cierta categoría.

Había nacido en Dinan, en la orilla del Rance, el 13 de diciembre de 1749: tenía, pues, unos 35 años al lanzar la primera de sus obras, el *Voyage de Figaro en Espagne*. Fue literalmente un brulote y sus efectos se hicieron notar enseguida.

Pero será mejor situar al personaje antes de hablar de su obra.

Era hijo mayor de Charlemagne Fleuriot de Langle —¡qué bonito y modesto nombre de pila!—, quien había casado en Dinan, por diciembre de 1738, con su prima, la señorita de Varennes. Quizá este matrimonio entre deudos no dejó de tener influencia en la carrera de nuestro autor. Bien sé que el humorista americano Bergen Evans, cuya *Historia natural* conocen todos, cuenta estos enlaces entre consanguíneos entre los tópicos que se transmite piadosamente la tontería de los hombres, de una generación a otra. Pero el hecho es que el pequeño Jean-Marie-Jérôme se mostró desde muy temprano particularmente terco y bastante indisciplinado.

A los 18 años ingresó en la compañía de los pajes de la Delfina, heredera del trono de Francia. Para ser admitido, hacía falta probar su nobleza: el genealogista Louis-Pierre d'Hozier la estableció con escrupulosa exactitud, hasta al octavo grado. Aun conservamos esta certificación auténtica, cuya redacción descuella por el rigor indiscutible de sus datos.

Su padre era capitán en el regimiento de caballería de Penhièvre; de modo que Jean-Marie-Jérôme parecía destinado a la

misma carrera militar que habían seguido sus antepasados. Y en efecto se alistó en la compañía de los Mosqueteros Negros; pero al quedar disuelta esta compañía, se encontró él mismo sin empleo.

Entonces se acordó que también corría en sus venas sangre de marinos y que su abuelo había sido oficial en un buque de Su Majestad. La guerra de la Independencia Americana entraba por aquel entonces en su fase decisiva; y Jean-Marie-Jérôme decidió probar fortuna en ella. Sentó plaza como voluntario en la armada del almirante conde de Guichen y tomó parte en la campaña, al otro lado del Atlántico, a bordo del buque «Le Solitaire», al mando de un deudo suyo, el señor Champion de Cicé.

Al terminar la guerra, Jean-Marie-Jérôme se halló aun menos ocupado que antes. Pierre Levot, en el artículo que dedica a nuestro personaje en su *Biographie bretonne* y que, además, no lo trata con muchos miramientos, insinúa, sin traer a colación datos más precisos, que el futuro autor del *Viaje de Figaro a España* tuvo disgustos con la autoridad hasta ser condenado a dos años de destierro «en una ciudad de provincia» (sin indicar el nombre de esta última). No nos es posible contradecir este aserto, ni tampoco confirmarlo, ya que el biógrafo citado no menciona sus fuentes ni da prueba de lo que afirma.

Si es que en efecto fue desterrado, entonces el antiguo paje de la Delfina de Francia habrá pretendido desquitarse con la pluma en la mano. Juvenal dice que *facit indignatio versus*: la rabia parece ser, en efecto, la que le puso en la mano la misma pluma de que se había servido Juvenal en sus *Sátiras*. La mojó en el tintero de Beaumarchais y se transformó *ipso facto* en padre de un Figaro de segunda zona.

La historia de la publicación de su libro es curiosa. Jean-Marie-Jérôme había encargado el trabajo a una imprenta de Saint-Malo, en su misma provincia. El autor y el editor se habían puesto de acuerdo para no hacer mención de su nombre: sin duda temían los conflictos siempre posibles con la censura, dado el carácter agresivo de la obra.

Y como en efecto el nuevo Figaro tuvo que ver con la policía y con los censores, se vio en la obligación de recurrir a más de un subterfugio. Su libro obtuvo un éxito del tipo escandaloso: de

modo que hacia falta prolongar su existencia, a pesar de la censura y de los envidiosos. Entonces mandó publicar la segunda edición, que llevaba en la portada el nombre de Sevilla como lugar de impresión, pero cuyas características tipográficas demuestran claramente que la composición se había hecho en Francia. Este segundo Beaumarchais había aprendido de Voltaire el arte sutil de los disfraces editoriales.¹

En la segunda edición se anunciaba la próxima publicación del segundo tomo, que, sin embargo, no llegó a publicarse: una sentencia del Parlamento de París suspendió la impresión en 1786. Más aún: la obra fue condenada a ser destruida y quemada por mano del verdugo. El texto de esta sentencia, que también tengo a la vista, merece ser citado, por la menos en su parte inicial, en razón de la precisión de sus detalles. En la misma se hace mención de tres ediciones diferentes de la obra inculpada:

a) la edición príncipe, un tomo pequeño, en 8°, de 280 páginas, sin nombre de autor ni de impresor, impreso en Saint-Malo, en 1784, con el lema *Currente rota*;

b) la segunda edición, que ostenta la falsa indicación de Sevilla, en 1785, en 8°, de 88 páginas; y

c) una tercera edición, en dos tomos, en 12°, impresa en Neuchâtel de Suiza, por Fauche el padre. Esta última había sido reconocida por su autor, ya que lleva en la portada el título completo: *Voyage en Espagne, par M. le marquis de Langle*: por consiguiente, esta vez, sin mencionar el nombre de Fíguro.

Previo dictamen de Gabriel Tandeau, consejero, y del señor Séguier, abogado general, el Tribunal sentencia y el fiscal general del Reino ordena que las tres ediciones sean quemadas en la primera grada de la gran escalera del Palacio de Justicia de París, en presencia del notario y de dos alguaciles del Tribunal.

La ejecución no habría podido ser más solemne, de haberse tratado de ahorcar o de quemar en la hoguera a alguno de los máximos criminales de aquella época. Sin embargo, las decisiones de esta clase adolecen del defecto de hacer la propaganda del

¹ Poseo ejemplares de estas dos ediciones; la primera, sobre todo, es sumamente rara.

autor que se pretende castigar o poner en la picota y de picar todavía más la curiosidad del público.

Lo más probable es que Jean-Marie-Jérôme debía bendecir en su particular a los censores y a los jueces, porque aquella sentencia era la mejor propaganda con la que habría podido contar. La prueba de ello es que el *Viaje de Figaro* no tardó en traducirse a media docena de lenguas, una de ellas el sueco.

* * *

En su importante *Biographie bretonne*, Levot, que había sido director de la Biblioteca Pública de Brest poco antes de la instauración del Segundo Imperio, se preguntaba si el autor del *Viaje de Figaro a España* había visitado alguna vez España.

Esta pregunta nos trae a la memoria la reflexión de Mauricio Barrés, quien, casi terminado ya su libro titulado *Viaje a Esparta*, se quejaba cómicamente: «¡Y pensar que ahora no tengo más remedio que ir a visitar Esparta, sólo para dar gusto a un par de idiotas!»

El *Viaje de Figaro* es una diatriba antiespañola, antimonárquica y anticlerical; y la impresión que se saca de su lectura es, a pesar de todo, que el «marqués» de Langle describe de vista los lugares, las escenas y los usos madrileños. Levot pretende que el falso marqués escribió todo aquello estando en Suiza y a imitación de los cuadros de costumbres parisienses de Sébastien Mercier; y la edición publicada en Neuchâtel parece abogar en favor de esta hipótesis.

Sea como fuese, los especialistas podrán juzgar por los mismos textos de la exactitud o de la impertinencia de las descripciones diseminadas por el falso Figaro en su libelo y de las que citaremos unos cuantos párrafos. Por ejemplo, esta descripción de la entrada de Madrid:

«Titíes, macacos, cacatúas y loros en casi todas las ventanas; una calle muy larga y muy ancha, una puerta soberbia —la puerta de Alcalá—; una infinidad de torres, de campanarios, de casas de

cuatro, cinco, seis, siete, ocho pisos, con balcones magníficos; la casa de correos —éste es uno de los mejores edificios de Madrid: dicen que se estaba acabando, cuando se dieron cuenta que habían olvidado la escalera—, la aduana, la Puerta del Sol, que es su gran plaza, el ruido perpetuo de las campanas hacen la entrada a Madrid verdaderamente risueña, verdaderamente imponente».

Frente a este bosquejo, véase por ejemplo el boceto del Buen Retiro, con el retrato goyesco de Felipe II:

«Desde que el Rey abandonó el Buen Retiro, el edificio se viene abajo, las fuentes se han secado, los surtidores están cegados, en los jardines no crece nada: las grutas, las estatuas, los baños, los estanques, los parterres de césped, los bosquetes, todo queda deshecho, todo está muerto. Sólo una estatua ha quedado entera, la de Felipe II. Este Felipe es admirable y da miedo: tiene las cejas, la frente, los ojos, la mirada de un malvado, de un tirano, de un monstruo. Es él. Lo veo, está meditando algún crimen; madura, oculta algún odio, alguna maquinación; va a abrir la boca para ordenar una matanza, para dictar al duque de Alba una sentencia de muerte».

No será útil insistir más en citas de esta clase, en que se hacen patentes las ideas fijas del autor, a la vez que la riqueza verbal de su estilo. Con frases cortas y cortantes como cuchillas, el narrador asesta sus epigramas: se ve bien que este juego le agrada, que la verbosidad meridional se ha adueñado de este bretón, amigo natural de los tonos grises. Su facundia, apenas contenida algunas veces, explota y se esparce otras en manojos de vivos colores, como fuegos artificiales. Como una prueba más, podrá servir esta descripción de una corrida, hecha con una especie de pasión que se libera:

«Si viviese mil años, no acabaría de comprender lo que hay de bello o cautivador en estos combates horribles. Todo es repelente, los toreros dan horror y los toros dan lástima. Puede decirse que no es hombre, sino piedra, quien pueda mirar, sin saltarle las lágrimas, a doce o quince asesinos que matan a sangre fría un pobre animal al que una mordaza y un bozal quitan cualquier medio de defenderse e incluso el de ver al que le mata. Y las mujeres, que tiemblan desde que se cae una hoja; las mujeres, a las que hace

llorar la picadura de una espina, de una abeja, de un mosquito; las mujeres, que se desmayan al oler un ramillete, que chillan al ver el relámpago, una oruga, un ratón, un saltamontes; las mujeres asisten a estos combates, fijan sus miradas en el animal que sufre, en un animal que sangra, en un animal que muere, y parecen contar sus llagas, sus gemidos, sus crines, sus gotas de sangre y lamentar, cuando ya ha muerto, que haya dejado de forcejear y de sufrir».

No vayan a decir a ese testigo indignado y demasiado sensible, que parece sofocarse de rabia, que no ha comprendido nada de los nobles juegos del ruedo y de la ciencia tauromáquica: cerraría decididamente los oídos a cualquier crítica, porque sólo la suya le gusta.

Este despreciador de la corrida española entra luego a su vez en la arena, para dar palos de ciego contra los predicadores al aire libre. Véase como los juzga:

«De la mañana a la noche, todos los días, a cualquier hora, en cualquier plaza pública, se puede escuchar en Madrid la palabra de Dios. Un monje se instala en una esquina, sube a un banco o a una mesa, a un tonel, a una escalera, a una piedra, y predica, arenga, hace llorar, convierte a los fieles, a la canalla, a los holgazanes, a los transeúntes. Algunas veces la muchedumbre es fantástica: mejor para los rateros, mejor para las mujeres de mala vida: aquéllos vacían los bolsillos y éstas dan citas. El sermón acaba con robos, con casamientos, con una cuestación durante la cual el predicador, con voz de trueno, carga de anatemas y de maldiciones al pecador endurecido que no quiere dar nada».

El dejar de citar no resulta siempre fácil, porque el retazo tiene una valentía endemoniada y hasta satánica. Los espectáculos de la Semana Santa, con sus desfiles, sus procesiones, sus hermandades de flagelantes y la muchedumbre variopintada de sus penitentes grises, negros o azules, con capirotos o con bonetes puntiagudos de astrólogos, provocan su burla de discípulo de Voltaire, escéptico y rebelde. Se ríe de las mujeres «sin coloretos, sin afeites, sin adornos, sin penachos» y que durante la semana de Pasión, se presentan tan estrictamente envueltas en mantillas, que no sabe uno si está delante «de una mujer, de un fantasma, de una máscara o de una mona». Pero estos disfraces piadoso no consiguen

engañarle: «apenas acaban de marcharse los misioneros predicadores, y los espectáculos se abren, los cafés y los lugares de esparcimiento se llenan de gente; las malas mujeres hacen su aparición, los velos y las mantillas desaparecen, las faldas ciñen más estrechamente las caderas, dejan ver el escote, dejan ver los pies».

Apenas queda capítulo de la vida española, que no reciba sus críticas ponzoñosas. Después de mofarse de los frailes, de los inquisidores, de los sabios, de los académicos, de los petimetres, de los cortesanos, de los soldados tan andrajosos como fanfarrones, de los mojigatos y de los retores petulantes, pasa a vilipendiar la administración real, culpable de desidia y de una incuria vergonzosa. La Administración manda azotar a las mujeres que abortan y ahorca a las madres infanticidas, pero al mismo tiempo deja morir, por falta de cuidados y de leche, por lo menor veinte niños al día. Mientras tanto, los sabios de Madrid, peritos en «memorias sobre los átomos» y que no se cansan de discutir si la tierra tiene la forma «de una cebolla o de una caña de cerveza», son incapaces de hallar remedio a la miseria del pueblo que los rodea.

Naturalmente, nuestro Figaro no va a olvidarse de los barberos españoles. Se burla de su charlatanería y de su lentitud, no sin lucir sus conocimientos literarios. Recuerda muy a propósito el epigrama de Marcial, quien decía: «Mi barbero me afeita tan despacio, que cuando me afeita por un lado la barba me crece por el otro», sólo por el gusto de añadir: «Sin duda alguna, a Marcial le debía de afeitar un barbero español».

Lo más raro es que este despreciador sistemático de España, de la España de Carlos III, aprecia en cambio la España de los clisés literarios y del romanticismo ya en sus albores, el país de las serenatas, de las guitarras y de los fandangos. «En el campo, por la noche y en el mes de junio, cuando la naturaleza cita a sus amigos y a sus amantes, cuando ella descubre y enseña todas sus riquezas, entonces es cuando es preciso, quiera o no quiera, enamorarse uno de España».

El *Viaje de Figaro a España* fue condenado en Francia, a petición del gobierno de Carlos III. Si se piensa en la cantidad de insolencias que encierra este libelo, referentes a las prácticas religiosas demasiados espectaculares a su antojo; en los insultos

dirigidos contra la clase aristocrática, en la mofas que hace del estilo de vida popular, no es de extrañar que el Borbón de España haya reclamado y obtenido de su primo de Francia la supresión de un libro sumamente desagradable.

Sin embargo, por efecto de una especie de curiosa revancha, el libro prohibido, cuya primera edición es hoy día rarísima, figuraba en muchas bibliotecas de aristócratas españoles. El *Viaje* del falso marqués bretón ponía en tela de juicio sus propios privilegios, pero al mismo tiempo era un desahogo, porque también criticaba el despotismo real. Lo que es una prueba suficiente de que la prohibición de un libro es la mejor manera de asegurar su éxito. El espíritu rebelde de Jean-Marie-Jérôme se acomodaba perfectamente con aquella prohibición.

El nombre de nuestro autor no ha sido olvidado por los hispanistas. Lo cita, por ejemplo, Jean-François Bourgoing, en su *Tableau de l'Espagne moderne*, publicado en 1797, y por segunda vez en 1803, aunque no en términos muy halagüeños: «En cuanto al *Viaje de Figaro*, al que las reclamaciones del gobierno español han causado una especie de proscripción, hace unos diez o doce años, y que se ha vuelto a publicar después con algunos cambios, sólo lo cito para uso de los que piensan que la picantería lo arregla todo. Su pretensión es mantener siempre despiertas la alegría y la malignidad».

Más cerca de nosotros, un biógrafo de Goya, Antonina Valentín, ha citado también el retrato, muy bien logrado, que hace nuestro autor de la célebre duquesa de Alba, de quien escribió: «Cuando pasa por la calle la duquesa de Alba, los niños se paran en sus juegos para mirarla». Este homenaje hecho a la belleza inspiradora de Goya no parece proceder de un literato de gabinete, que no había pasado nunca la frontera de los Pirineos: por lo menos, se nos hace difícil creerlo.

* * *

Moralista ceñudo, filósofo dicaz, Jean-Marie-Jérôme es también un rival de Chamfort y de Rivarol. De ellos ha tomado

prestado las calidades satíricas que brillan particularmente en su obrita titulada *Nécrologe des auteurs vivants*, publicada en 1807: debajo de este título, que ya anunciaba la insolencia del contenido, se oculta la crítica satírica de los autores del tiempo, según la fórmula puesta de moda por Rivarol en su célebre *Petit Almanach des Grands Hommes*. Se burla de todos los escritores, naturalmente; pero lo bueno es que también se burla de sí mismo. En efecto, el marqués de Langle está incluido en la lista de los autores y reconoce modestamente que tiene «demasiadas pretensiones y un enorme abuso de agudeza». Mucho se le debe perdonar por esta sinceridad: saber burlarse de sí mismo, después de haberse burlado de todos los demás, es sin duda una prueba de agudeza.

También es autor nuestro Fleuriot de Langle de una novela sentimental al estilo de Jean-Jacques Rousseau, en la que cuenta los amores sin interés de *Alexis et Justine* (París, 1797). Por nuestra parte, pensamos que en lugar de contar las aventuras de otros, habría estado mejor inspirado si hubiese escrito las memorias de su vida picaresca, en que parece verse alguna semejanza con la de Casanova.

Las desgracias de la Revolución habían transformado a este honorable gentilhombre en pedigüeno y en una especie de impostor. Apenas salido de la cárcel de La Force —no sabemos a raíz de qué combinación y regateos—, se fue a visitar al Ministro de la Marina, Bertrand de Molleville, y le propuso fundar un diario con el título de «El Postillón de la Guerra» y con el objeto de denunciar las prácticas fraudulentas de los jacobinos, inventores de los *assignados*, es decir, de la devuación de la moneda. Molleville refiere en sus memorias sus diferentes encuentros, sobre esta materia, con el marqués bretón: «Cada mañana —dice— salía de Langle a la calle, recorría los barrios, los paseos, los clubs y los cafés en búsqueda de noticias y de informes que, comparados con los de otros agentes, resultaban casi siempre exactos».

Aconsejado por la necesidad, el escritor se puso a vender sus obras a base de suscripciones. Publicaba la lista de los suscriptores, pero en cambio se olvidaba de publicar la obra, sin soltar las cantidades cobradas. Para ser justos, hay que decir que, en este oficio, no parece haber sido ni el primero ni el último.

El bibliógrafo Quérard hizo al extraño marqués el triste honor de ocuparse de él en sus *Supercherries littéraires*. En cuanto a Levot, por más que se trate de un compatriota, lo trata muy mal y hace de él este retrato poco halagüeño, pero que parece muy realista:

«Al final de su vida, de Langle tenía una mirada huraña, los cabellos sin peinar y el aspecto de un loco. Hablaba como escribía, con numen, con volubilidad y con poca lógica. Su estilo entrecortado, deshilvanado, era a veces pintoresco y original. La edad no había modificado su carácter ni había cerrado el paso a los errores de la primera juventud. Suprema desgracia: se había casado *in extremis* con su cocinera».

Esta última afirmación no es cierta. En realidad, el marqués se había casado con su huésped, la señorita Donard, una holandesa de familia muy honrada de Venloo.

No murió sin descendencia, como se viene afirmando comunemente. Un viaje a Holanda me ha permitido dar en Venloo con el rastro de una descendencia numerosa que dejó el autor del *Viaje de Figaro* en el país de los tulipanes. Tres hijos sirvieron en Insulindia, en las colonias holandesas; uno de ellos, Marie-Joseph-Maximilien, se distinguió por su valor, en 1811, en Erfurt. De este modo, el escritor bretón ha sobrevivido, si es cierto, como lo pretende la sabiduría de los chinos, que «la sola verdadera inmortalidad es la de tener un hijo».

* * *

Según escribe él mismo, el falso Figaro se proponía dar la vuelta al mundo: sin duda, para seguir el ejemplo de su primo el caballero de Langle, comandante segundo en la expedición del célebre Lapérouse.

El modo con que había tratado la censura su *Viaje a España*, quemado por la mano del verdugo, le obligó sin duda a pensarlo mejor; según parece, aquello no le animó a reincidir. Sin embargo, en 1786 mandó publicar, sin nombre de impresor, un opúsculo que hasta ahora no ha señalado ningún bibliógrafo y que contiene

la relación de un viaje a Tenerife. Quizá tenía presente la circunstancia de haber hecho su primo antes mencionado, de «L'As-trolabe», escala en Canarias el año antes, motivo por el cual, en su calidad de geógrafo, había medido la altura exacta del Teide.

En cuanto al «marqués», a él le deja indiferente la geodesia, pero le interesan mucho las costumbres de los canarios. Empieza burlándose de los viajeros que alaban la fertilidad de Tenerife, con pretexto del nombre que merecieron las Canarias desde la antigüedad, de islas afortunadas. En lo que a él se refiere, sólo ha visto desiertos y barrancos estériles. El célebre Pico del Teide, punto central en que coinciden los fuegos del cielo con los de la tierra, es quizá el principal responsable de tanta aridez. Pero unas cuantas parras, unos cuantos árboles no le parecen lo suficiente para formar un paraíso. Más aun que la naturaleza del suelo, la pereza de los habitantes debe explicar, según el marqués, esta triste pobreza del país.

A pesar de su hermosa posición en la orilla del mar, el puerto de Santa Cruz hizo una impresión «lúgubre» a nuestro viajero, que por cierto sigue tan descontentadizo como burlón. Casas bajas, calles estrechas, adoquines puntiagudos que destrozan los zapatos del viajero, todo concuerda en dar al lugar un aspecto de necrópolis «en que un cuarto de los habitantes lleva el luto de los otros tres cuartos».

A nuestro autor se le antoja que en ningún lugar se imparte la justicia de modo más imperfecto y más abusivo que en Canarias: por ejemplo, el que ha sido víctima de un robo y quiere que descubran al ladrón, tiene que pagar a los policías y, si han dado con él, costear los gastos de su estancia en la cárcel. El incumplimiento de esta obligación hace que el ladrón sea puesto en la calle, y no le queda sino buscar otra alma caritativa que sufrague sus gastos durante unos cuantos meses más.

Para completar el cuadro, Fígaro ve en los habitantes de Tenerife una «mezcla monstruosa de las prácticas externas de la religión y de las costumbre más perversas». Crímenes odiosos pueden quedar sin castigo, mientras una distracción durante el oficio expone al incauto a ser apedreado. El solo hecho de llevar un escapulario le pone a uno al abrigo de la justicia.

Es fácil ver, por estos detalles, que nuestro Figaro sigue en Tenerife tan enemigo de los españoles y de sus costumbres como lo había sido en Madrid o en Sevilla. Los frailes, las mujeres, nada se escapa a su crítica mal intencionada. Es un chusco y un deslenguado, al que sólo salva el arte de decirlo todo con gracia y con picardía.